

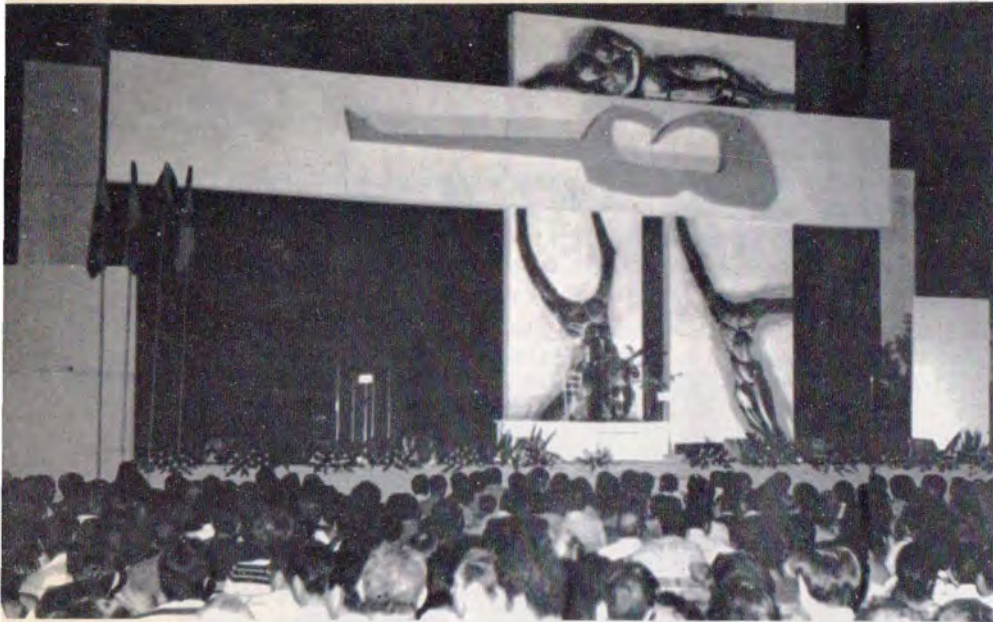


XIII Festival Nacional del Cante  
de las Minas

LA UNION

Agosto, 1973 - FESTIVALES DE ESPAÑA





Uno de los escenarios del Festival, realizado por el pintor Paco Conesa

## El escenario del XIII Festival

Los módulos de la actual arquitectura han acabado por asesinar definitivamente aquel signo estético que un día pudo convertir a La Unión en una auténtica pieza de museo del “art nouveau”.

El esplendor de La Unión coincidió justamente con el nacimiento del “art nouveau” o apoteosis de la línea ondulada. La Unión conectó complacidamente con las nuevas tendencias de la construcción, poblando sus fachadas de curvadas molduras y convirtiendo la piedra en nenúfar, libélula, alga, cabeza femenina... A su vez, los interiores burgueses cobijaron a numerosos pintores más o menos en boga: sus pinceles se encargaron de no dejar libre ningún metro cuadrado del comedor o la sala de visitas. Techos y paredes se cubrieron rápidamente de pálidos desnudos con alas de mariposa, guiraldas florales, diosas de buen ver.. Aquel mundo de sugestivas falsedades y cándidos erotismos fue pronto amenazado de muerte por el desmantelamiento sufrido por I.a Unión en su tiempo de las vacas flacas —crisis mineras, emigraciones—. Ahora las huestes de la albañilería funcional dan al traste con los últimos reductos del “art nouveau”. Quedan aún, sin embargo, como restos de un pasado rumboso, la plaza del Mercado y la llamada Casa del Piñón, recogidas por José Vicente Mateo en su reciente “Murcia”, piezas claves ambas en la fisonomía ciudadana de La Unión,



a la que ésta DEBE —con mayúsculas— mimar como a las niñas de sus propios ojos.

Entroncando con sus raíces estéticas, La Unión se decide este año a desplegar en el recinto de su Festival minero aquellas tendencias “modernistas” de sus cafés cantantes, muchos de los cuales, por razones que ahora no vienen al caso, llegaron a identificarse plásticamente con la aparatosa escenografía del “saloon” del Oeste americano.

Injertando, pues, el pintoresco café de principios de siglo con el más típico escenario del “western”, el festival jugará con aquellos ambientes en los que, si no es posible descubrir a la muchacha rubia de la caravana del Oregón o al hombre que mató a Liberty Valance, al menos podremos tropezar con la sombra dolorida y apasionada de Concha la Peñaranda o el Rojo el Alpargatero.

Cada año el Festival se apoya en unas constantes plásticas, en cierto modo peanas de la copla minera. De la modesta guitarra de papel del primer año al fabuloso órgano diseñado por el no menos fabuloso Paco Conesa, correspondiente a la última versión del Festival, éste ha venido contando con variados elementos escenográficos, siempre relacionados con temas mineros: castilletes, instrumentos de trabajo, árboles en cuyo ramaje florecen luces de carburo, faenas de la mina, manos de “cantaor” que se pliegan en oración, coplas que en el aire toman cuerpo de palomas... Este año el Festival va a ofrecer, dentro de las limitaciones que el propio recinto ofrece, el simulacro plástico del viejo café cantante, ámbito en que la copla, saltando directamente de la mina, fue arropada amorosamente por nuevos matices, por nuevos arabescos y filigranas. Lámparas de gas, anuncio de Anís del Mono firmado por Casas, espejos, bolas doradas, paneles a lo Cecilio Plá o a lo Medina Vera... Se va a poner en pie un tiempo en que la copla, todavía niña, sólo conocía el labio fervoroso del “cantaor”, no los amaños de “long-play”; la llama anaranjada del carburo, no los soles de TV. Salvador Jiménez ha hablado recientemente del “apogeo de la fantasía frente a la realidad vulgar y ordinaria”. Se trata de un “viaje al crepúsculo”, es decir, al “art nouveau”. Verdad resulta que aquél era sin duda un mundo decadente, recién salido del romanticismo, instalado en una España “vieja y taur, zaragatera y triste” (Antonio Machado), en el que, sin embargo, el arte, acertado o no, constituía una apasionante y maravillosa aventura.